

La vida insaciada. A propósito de un poema inédito de Sara Uribe

Por Alfonso Valencia

Universidad Veracruzana (México)

I

Abro un libro y encuentro una tarjeta con el mensaje “*Fe de erratas*”. Enumera dos errores en la edición de un libro cuya portada es indescifrable. Leo el primero: “pág. 44, donde dice porque no sé si la distancia es un veneno o una vida insaciada, debe decir porque no sé si la distancia es un veneno o una vid insaciada”. Pienso en la fortuna del error, en la vida insaciada, incumplida; y en los que “con la noche auestas se marchan y buscan en los bolsillos palabras para amainar su hambre de caminos pero no encuentran sino agujeros lentos orificios de tiempo y lugares perdidos de todo lo que alguna vez pensaron que olvidarían y que es ahora el rostro la mirada con que observan el espejo que los des nombra”.

El libro es *Palabras más palabras menos*, de Sara Uribe (Tamaulipas, México, 1978). Se publicó el 2006, año en que el horror apenas se nos venía encima.

II

Era 2012 y en México ya se contaban más de cien mil muertos y veinte mil desaparecidos luego de iniciarse una muy demagógica y poco estratégica ofensiva militar contra el hasta entonces subrepticio poder del narcotráfico. Desde 2007, la guerra avanzó de las costas hacia el centro. Los estados del golfo fueron los primeros en ser golpeados: el choque entre grupos tácticos al servicio de los cárteles locales y el ejército provocó reclutamientos forzados para engrosar las líneas de avanzada de los cárteles, desapariciones forzadas, amedrentamiento de la población civil y, en general, un abaratamiento de los sueldos de sicarios y torturadores, lo cual devino en un deprecio de la vida que no acabamos de superar. En este contexto apareció *Antígona González*, de Sara Uribe.

III

El poemario ha despertado curiosidad crítica y se ha convertido en objeto de estudio por dos razones: su apuesta por poner en escena a las víctimas de la violencia del narco y la desaparición en México; y su capacidad de convocar discursos teóricos. Sara Uribe es capaz de hablarles y darles voz a los que se quedan, a las otras víctimas que, además de cargar con el dolor de la incertidumbre, de habitar el claroscuro de la vida y la muerte, del duelo y la esperanza, acumulan cadáveres de otras tragedias; y, a la vez, dirigirse a la despersonalizada crítica que piensa y escribe lejos del centro del horror y la tragedia. *Antígona González* es, en este orden de ideas, un vínculo entre la terrible experiencia de la desaparición y la desapasionada crítica literaria que parece siempre esperar otro momento más frío para poner atención a las relaciones entre tragedia y arte. La autora parece apuntar a una verdad incuestionable: comprender a las víctimas, darles voz, ponerlas en el escenario poético, es también un ejercicio de justicia, y todo esfuerzo por alcanzarla nos vuelve, a nosotros mismos –inmersos en una cotidianidad aséptica en la que sólo somos observadores del proceso de descomposición social– menos desaparecibles.

IV

Mantenerse en la tragedia es imposible, como también lo es escapar de la imposibilidad y la insatisfacción. La esclavitud editorial también merece ser cantada. Es 2018 y Sara Uribe nos recuerda que el éxito no es lo que aparenta y la explotación tiene caras que ni siquiera imaginamos: nuevas formas de esclavitud, los contratos condenan estirpes y obras. Nadie dijo que escribir fuera una purga, ni mucho menos que fuera fácil, ni que fuera un camino hacia la gloria. La desdicha acecha en todas partes.

V

El poema de Uribe no deja de ser un canto a la desesperanza: a la imposibilidad de lograr una reivindicación del oficio poético ante la voracidad de un mercado que no comprende, bien a bien, ni el tiempo del poema ni la necesidad de la poeta, convertida en un escaño más de un proceso que busca no la redención de las fuerzas creadoras, sino la acción de un Midas mercenario: convertir el oro en oro. Cercada por fuerzas que la superan, ciegas al fenómeno de la creación, artífices de su transformación en productos “culturales”, pero no por

ello, menos rentables, la voz se suspende en el momento justo de explicar lo obvio: me piden que, como si no fuera obvio que lo que sigue es intrascendente porque el poema ya se ha logrado mediante la acumulación de una realidad agotada: el cansancio, el hartazgo, la imposibilidad de ir más allá y la inutilidad de exigir respuestas claras.

Peticiones varias es un poema antipoético. Un discurso en tensión entre la forma que se arriesga en la extensión y simultánea fragmentación de un discurso agotado por sí mismo, y el anticlimático tema de la eterna voracidad del editor y la insaciable hambre de inéditos que obliga a autores a traicionarse a sí mismos para no ser víctimas del deadline y del recurso que no baja.

La poesía de Sara Uribe siempre es desafiante. Hasta cuando ironiza sobre el hambre de inéditos, lo hace con uno que es una bofetada con guante blanco con destinatario falsamente anónimo. También los poetas viven y no sólo en la poesía se sufre. La poesía, como la vida misma, es puro trámite, un contrato terrible en el que siempre acabamos insaciados.